Aragoneses en México

JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA

Obispo de Puebla, Visitador y Virrey de la Nueva España.

Por José Ignacio Mantecón.

"Por todas partes fué una tempestad continuada el tiempo que gobernó la Nueva España este Ministro". Antonio González de Rosende: Vida del Ilmo. y Excmo. Señor D. Ivan de Palafox y Mendoza. . . —Madrid, En la Oficina de Lucas de Bedmar 1671.

I

Pasó por la Nueva España como un ciclón. Traía la cabeza llena de ideas —ideas preconcebidas en la España, de los Reales Consejos, y de las Reales Cancillerías— y se dispuso a realizarlas en la tierra de las utopías y de las crueles realidades; en las Américas. Era siempre propicio al riesgo, y peligroso, intentar introducir ideas en la calma chicha de la Administración española del siglo XVII, y mucho más, casi temerario, en el calmado y calmoso ambiente de la Colonia, donde todo estaba ya constituido de un modo perfecto, porque todo estaba repartido entre los hijos de los conquistadores, los venerables hijos de las Religiones, y los no tan venerables Padres de la Iglesia secular.

Deporte peligroso este de jugar con las ideas porque éstas se volvían contra quien las lanzaba y si el arriesgado y entrometido pensador insistía, y las hacía rebotar, la batahola, el escándalo, el ruido, se recobraban del tiempo en que el silencio, pausado y suave, los contuvo y ya la vida se convertía en tumulto; todo giraba, se alzaba y removía, no había puerta enquiciada y el Nuevo Mundo era torbellino y agitación que llegaba, conmoviendo el Atlántico, hasta conseguir despertar a los soñolientos señores de los Reales Consejos y de las Reales Cancillerías.

Un aragonés trajo un ciclón en su cabeza. Pero el ciclón estaba preparado por la depresión, que el tiempo y más prudentes Ministros, habían organizado en las tierras recreadas por España. La voluntad, dormida que no muerta de los criollos, esperaba algo en que ejercitarse y este algo vino con Don Juan de Palafox y Mendoza. Un caso interesante de hombres introvertido, pero que acude al envite de la realidad y la intenta dominar haciéndola —intentándola hacer— rimar con su soliloquio empedernido. Una fuerza que no explosionó ni en Aragón, su patria, ni en Castilla, ni en Francia, Italia o Alemania. Fué en México —quizá por ser la Nueva España podían hacerse en ella experimentos vedados en la no vieja, sino antigua- donde se desgranó. Su encuentro con este Mundo, que él había entrevisto entre legajos, ordenanzas y cédulas reales, fué lo que le llevó a probar su capacidad de reacción. Los dos se sacaron de quicio.

II

Un destino muy aragonés. Ser, a medida que se alejan de su tierra, pasar rutinaria y cotidianamente por élla y alzarse con el santo y la limosna en las ajenas, parece un destino que acompaña a los hombres de Aragón desde hace demasiados siglos. Porque este Don Juan de Palafox pasó contenido y discreto por Aragón. Fué su padre Don Pedro Jaime de Palafox y Rebolledo, II Marqués de Ariza, señor de tierras en los límites del Reino, fronterizas de Castilla, por ello las más aragonesas porque las sierras de Albarracín como las tierras del Cinca, y las que lindan con Navarra, tienen que afirmar todos los días su condición de tales. Su madre, una viuda de Zaragoza, viuda alegre durante un instante, aquel en que engendró a nuestro Don Juan, y triste el resto de su vida por haberlo engendrado ella, pobre burguesa de Zaragoza, en alianza pasajera con el señor Márquez de Ariza.

Tan triste que avergonzada de su engendro quiso, primero ocultarlo, marchándose a parir, fuera de Aragón, a Fitero, y dando después orden de matarlo para poder, en el resto de sus días, lamentar el doble crimen, haber creado una vida por amor y haberla ordenado desaparecer por miedo.

En las postrimerías del mes de junio del año 1600,

una criada de la hija del Dr. Casamate y de Dña. Isabel de Espés, caminaba por la ribera del río Alhama a cumplir la orden de sus amos. Florecía una vez más la vieja leyenda. Un pobre molinero, Juan Francés, recogió la cesta en que el niño iba a ser arrojado al río y le dió una madre en su mujer, una mujer del pueblo. Los pobres molineros y molineras de nuestra tierra haciendo, como siempre, la patria que los señores quieren deshacer

Volvió a Aragón, al sentir su padre un tardío arrepentimiento. Lo trajo a su casa, reconocido como hijo natural, le dió el nombre que le correspondía y le hizo seguir, en los Colegios de San Gaudioso de Tarazona y de la Compañía de Jesús, el curso de las primeras letras. Perdió el tiempo en las Universidades de Huesca y Alcalá —fachadas sin fondo— se entretuvo entre las que ya eran ruinas de la de Salamanca y quedó hecho un magnífico bachiller español, porque ya los españoles de cualquier región de España que fueran, andaban por ella como por su casa. Y a su casa, la de Ariza, regresó a administrar el señorío de su padre. Como estaba en su tierra, nada se sabe de él. Seguramente se sintió más hijo del Marqués que del molinero, cuando tuvo que discriminar justicia y cobrar las rentas, de los vasallos de su padre. Así debió de ser porque al morir Don Pedro Jaime, dejó ordenado en su testamento que fuera Don Juan el tutor del heredero, por ser hijo legítimo del Marquesado. En la pequeña villa de Ariza un hombre, que quince años antes era pastor del hato de cabras de un molinero, regía como señor.

En nuestra tierra, todo contraste, la estepa y la huerta mezcladas y confundidas, de valles con árboles castigados de frutas y llanuras agrietadas de sed, nuestro Don Juan era un contraste más. Dado al soliloquio, llevaba intensa vida de relación, por cuenta de otros, administraba como suyo lo que pudo serlo y no lo era. Nacido para mandar, ordenaba por delegación. En plena juventud, debía de aparentar madurez. La vida le cercaba y se le metía adentro. Tendrían que pasar muchos años antes de que pudiera lanzarla fuera en una obra que precisamente tituló "Vida Interior".

III

Contraste, y duro, es que este hombre que resistió y se enfrentó con las más poderosas fuerzas de su tiempo, comenzara su vida pública señalándose por su servilismo, en una época en que los espinazos eran, como el plomo, dúctiles y tan pesados, que una vez inclinados no volvían a levantarse más. Pero como era aragonés, y estaba en Aragón, servía nuestro destino. Fué en las Cortes de Monzón del año 1626 donde logró destacarse por su adulación al Rey Felipe IV, al llamarle, en nombre de la nobleza aragonesa, "Santo, celador de lo bueno, enemigo de lo malo". Tan descomunal hallazgo no pudo pasar desapercibido y al poco tiempo fué llamado a los Reales Consejos como Fiscal del de Guerra en la villa y Corte de Madrid. Sale de Aragón y comienza ya a ser el Palafox de la Historia.

Pero todavía está demasiado cerca. Para un noble hay poca diferencia entre Castilla y Aragón. En el Consejo hace cuanto le mandan. Al Señor Rey y al Señor Conde-Duque de Olivares les parece más propio y digno que el Señor Fiscal sea clérigo y Palafox que había urdido un matrimonio, que lo asentara definitivamente en la Villa y Corte, acepta sumiso la indicación, se ordena de presbítero y pierde la juventud definitivamente, entre rezos y legajos. Se convierte en buen cortesano, buen fiscal y buen presbítero. En 1620 se asoma por primera vez a América. Al vacar la fiscalía del Consejo de Indias, recibe, del Rey, esta nueva prebenda. Casi no ha tenido tiempo de tomar posesión y nuevamente la gracia real le distingue, nombrándole Capellán y limosnero de la Infanta Doña María, Reina ya de Hungría, por su matrimonio con el hijo del Emperador de Alemania, Fernando II. Envuelto en el boato de una expedición regia, como un adorno más, el futuro Virrey de la Nueva España, atraviesa Francia, Italia, Austria, Suecia, Bohemia, Flandes y Alemania. Sacó del viaje, una cierta lástima por las demás naciones europeas, que no eran como España (pensó quizá que no merecían serlo): dos imágenes milagreras y un informe para S. M. No salió de sí mismo. Viajó rodeado de Castilla y Aragón, impermeabilizado con ese gesto, no sé si muy aragonés o muy aldeano, de quien, antes de partir, se santigua contra la sorpresa.

Al año de estancia en España, pasa de Fiscal a Consejero de Indias. Creyó sin duda que ya había completado la carrera de su vida. Era difícil que pudiera aspirar a más el hijo natural de un noble de segunda categoría. De 1633 a 1630 van desfilando ante sus ojos todos los problemas del Nuevo Mundo. Nuevamente manda con voz que no es suya. Según dicen es uno de los pocos Consejeros de Indias que no sestean. Siente que allá lejos, se está creando una nueva vida y mete su capacidad de raciocinio, la monomanía lógica, la necesidad de que las causas produzcan el efecto, la inocencia labriega del aragonés, envuelta casi siempre en socarronería, en dominar, por el orden y el método, un mundo en hervor lento, tan lento que todavía no ha acabado de cocerse.

Pero vaca el obispado de Puebla de los Angeles y el Rey decide que lo sirva Palafox. Es el gran paso en su vida. Los seis años de meditaciones tensaron su arco interior. Lo aprieta más y consigue que el Rey le nombre su Visitador en la Nueva España, para que pudiera enmendar los excesos y los defectos que por allí se cometían. Su vida interior va a poder expandirse y va a tener una vida real. Ya no será el mandatario, ahora obrará por su propio esfuerzo y por propio derecho.

Había pasado demasiado tiempo viviendo de sus ideas para que éstas no produjeran un gran alboroto al salir al mundo.